

La Novela Semanal

25 cts.



PENAGOS
XXIII

PROLOGO Y EPILOGO

Novela
por
Federico
Garcia
Sanchiz





PUBLICACIONES PRENSA GRAFICA

AÑO III

14 DE JULIO DE 1923

NÚM. 105

Prólogo y Epílogo

NOVELA

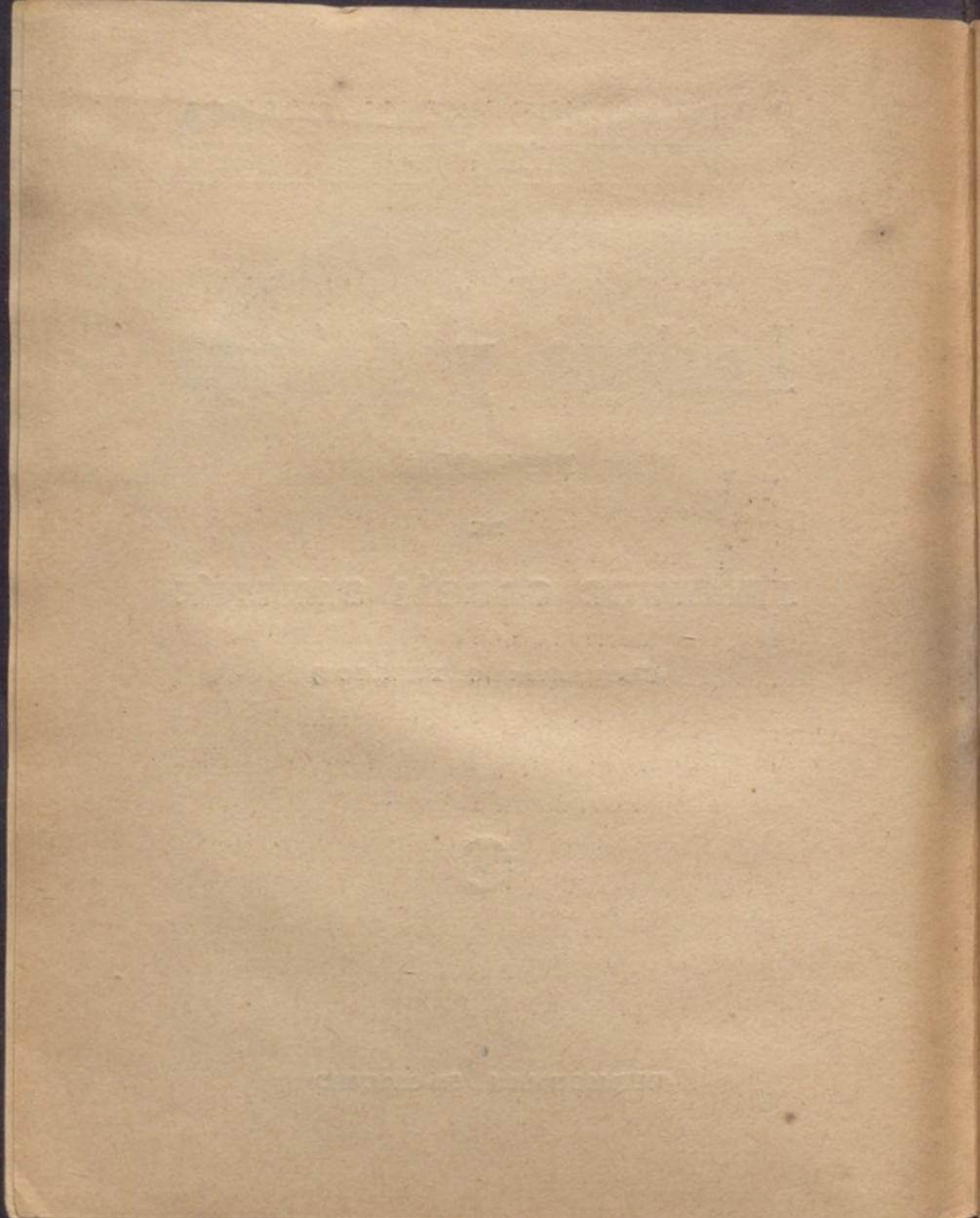
DE

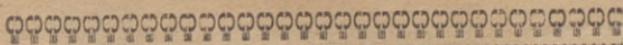
FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

(Ilustraciones de PENAGOS)



HERMOSILLA, 57 - MADRID





PROLOGO Y EPILOGO

I

No fué con la banalidad del turista, sino con esas vaguedades nostálgicas con que al comenzar las lluvias otoñales sentimos necesidad moral de encender la chimenea, y otras veces de oír música de violoncelo ó de armonium; en tal estado de ánimo me dirigí á la Cartuja de Miraflores. Casi como si llevase intención de profesar.

Era una tarde inverniza, clara, cristalina. Yo venía de Francia y andaba recorriendo la tierra castellana con pretexto de unos estudios de arte. El día aquel repasaba mis apuntes en el cuarto de la fonda, á cuya tristeza de los

muebles y los muros inhospitalarios uníase lo adelantado del crepúsculo, y á lo mejor la estridencia de unas cornetas cuarteleras. Hice que dispusiesen un coche, y en busca de un refugio de más calidad espiritual, me dejaba llevar hacia el monasterio...

En el camino, rebotando el carruaje sobre el barro endurecido de las recientes lluvias, y entre la doble fila de álamos sin hojas, que parecían vueltos del revés, enterradas las copas y al aire las raíces; en medio de la alameda, que el sol ya bermejo convertía en corales purpúreos, y en mi *landeau*, y vislumbrando á través de sus vidrios unas lomas desnudas; con la luz, del color del pan, por el que paseaban, como hormigas, unos clérigos, creía vivir la época de los románticos. Una banda de pájaros cruzó el cielo, trazando al volar un arco, como si se acomodasen á la bóveda azul.

Un rato permanecí en el patio de la fuente, con sus parras negras y desolladas. Manchas de musgo, humedad, blancura de la cal. El hermano portero hablaba conmigo. Su voz, armó-

nica en su levedad, parecía un terciopelo extendido en la piedra de hielo, en el granito, que el cartujo acariciaba con la voluptuosidad que si fuese carne de mujer. No quise visitar la iglesia, tumba de tumbas. El chorruelo del agua y las palabras del fraile bastaban á mi morriña, y así se prolongaba el encanto. Pero anocheció, y hube de marcharme, que no se consiente allí al extraño. Cuando salí brillaba ya el lucero, y el lego, mirándolo, lo requebró con una pasión de enamorado, descubriéndose en esto, como en las caricias al granito, que el monje conservaba sus sensualidades ardorosas, bien que purificadas.

Otra vez el fiacre cruza la alameda, negra, enrejada, como celosía, al destacar sus trabadas ramas en la última claridad. Hace frío, y se hallan yertos la esterilla de esparto y los almohadones de cuero. He procurado ceñirme mi capote, á más de encasquetarme el chambergo. Ahora los guantes, dignos de un explorador en las nieves perpetuas. Falta uno. Sin duda se me cayó en el patizuelo ó en el claus-

cro, porque llevaba los dos al entrar... Doy orden al cochero de que vuelva, no obstante su advertencia de que no han de abrirnos aunque nos fatiguemos de aporrear la puerta. En la realidad no sucede como en las óperas, pienso, acordándome involuntariamente de Gayarre, del *spirto gentil*...

Arribamos. La plazoleta y el edificio con sus piedras austeras y obscurecidas. Fortaleza impenetrable en su humildad. Cerrado el portón. Todo ello confuso en las sombras nocturnas. No se oye nada dentro. Acaso al ruido de nuestro convoy alguien vigile por una mirilla disimulada. Al cabo de una duda momentánea, me decido á llamar con impaciencia y soberbia que no merece la causa del estruendo, y propia de un loco del mundo. En efecto, eché pie á tierra y avancé dos pasos...

En el fango endurecido, en la misma entrada de la Cartuja, estaba el guante, hueco y engarabitado, simulando una mano que increpa, la garra de un coloso. ¿Quién la segó del brazo, esta zarpa ennegrecida por la sangre cuajada?

La sugestión se apoderaba de mí, y el episodio adquiriría un misterio y un hechizo romancescos. Asomaría luego la luna y, al blanquear la diestra cercenada, la tornará espectral. Si entonces surge un vagabundo, se asustará, experimentará el terror legendario, sudará corriendo en la helada, al creerse presa de los fantasmas guerreros ó penitentes del solar del Cid. Y su pánico despertará los perros de la campiña, que ladrarán enfurecidos. Todo por un guante caído á un viajero. El lugar, el momento y aquella peregrina contracción en que sorprendí los dedos irreales, ejercían en mí una fascinación evocadora. Después de la quimera feudal, otras acudían á ilusionarme medrosamente. La romería del arrepentido; el malhechor que se acogió al derecho de asilo, y abandonaba á sus perseguidores una manopla; el tributo de un caminante á los siervos del hábito blanco... Tiempos y castas mezclaba en mi fantasear, aunque siempre apartándome de la verdad con un juvenil romanticismo.

Y con ese romanticismo, no quise recoger el

guante del suelo. Al trote de las yeguas, y en mi armatoste que se tambaleaba, regresé á la ciudad, ya de noche por completo. Allá quedaba el enigma, mi propia mano, y si no su molde, tendida al destino; deleitándome yo con el supuesto de proporcionar novelescas inquietudes á un desconocido, y soñando en que una estrella caía en mi palma, que imploraba limosna del firmamento.



II

Era una noche de Enero y de luna llena, en Salamanca. La ciudad, sanguinosa abajo por los reverberos; aquella Plaza Mayor inmensa en su desnudez amarilla, y con sus cúpulas silueteadas en el cielo acerado, donde patinaban los guiños de las estrellas, iba helándose en su sueño, que acompasaban los relojes públicos. Crujía el suelo al paso de un transeunte fantasmal, y los vidrios de las tascas para noctámbulos estaban empañados y lagrimeaban su humedad. En ninguna ventana una luz delatora de vigilia, que entre sus piedras, herrajes y maderas, también granito y hierro por el frío, se acurrucaban las gentes al calor de las mantas, en la cama, sepultándose yertas, endurecidas, ya casi sin vida.

Pero se abrió un postigo y sonaron risas en el misterio del zaguán, y uno tras otro salieron.

varios embozados, que llevaban instrumentos de música. Yo los capitaneaba, con una linterna en la mano. Queríamos dar una serenata como en los tiempos de D. Félix de Montemar, ya tan remotos, que un sereno nos exigió la cédula municipal, el permiso para tocar el violín y la guitarra, allí donde vagan las sombras de los discípulos de Fray Luis; los que grababan en los bancos universitarios los nombres de sus novias, trazadas con navaja las letras romanas...

Semejan patios las plazuelas salmantinas, al cerrarlas familiarmente las viviendas en que el escudo diríase un sello de documento antiguo. Con su obligada agudeza, los maestros acordaron conservar su rótulo de interior al remanso de las *Escuelas Menores*, paraje que resume el encanto de los rinconcitos no prohibidos, y que son el privilegio de la urbe que constituye un solo edificio, alcázar con templo y aula. La ronda se acomodaba á tanta intimidad, y á sus ecos, alguna muchacha, musa hogareña, descorría el visillo de su balcón.

De pronto topamos con el palacio de Mon-

terrey. Un muro negro y uno blanco. En tierra se perfilaba su crestería famosa, oleaje de rayos luceros en lo alto, y la amplitud libre que pone un margen respetuoso al caserón, con la lumbre se trocaba en agua muerta. Las casas fronterizas, como alucinadas por la refulgencia verde. Resbalaban en la mole de un convento aristas luminica, como grietas en un cristal. Una arboleda se barnizaba y arrojaba á la calzada una red de mallas sutiles, el reflejo de las varicacas sin hojas. Se oía el silbo medroso de un ave nocturna.

Cedió un portón de improviso y surgieron unos jinetes y unos galgos. Al punto sus figuras se ribetearon como nevadas, con cuajarones en los pliegues de sus ponchos, y uno de los lebreles parecía del mármol de los que yacen en las tumbas heráldicas. Humeaban los belfos de los caballos. La caravana de los escuderos del duque de Alba, tintineantes los estribos vaquerizos, emprendió su marcha en dirección quizá de la villa que custodia el corazón de Santa Teresa, solar de la legendaria stirpe.

El prestigio del escenario prestaba á la tropa un novelesco interés, que se extendió á la estudiantina. A poco, la rondalla deteníase ante una morada que abandonaron sus dueños porque la hija se apagó en sus vastas cámaras del mal pulmónico. Uno de los tañedores lloraba aún á la doncella pálida como un cirio, y que como un cirio se consumió con la llama de su espíritu ardiente. Más allá, un desagravio. Construyó esa suntuosa fábrica un príncipe que albergaba con toda pompa á su favorita. Al rodar de los siglos, acabó en covachuela provincial la mansión placentera. La guitarra y el violín invocaban á la hermosa con su traje de velludo, y la cola, silenciosa y densa, deslizándose por el cordelillo de las oficinas, arrastraría el balduque, desordenando los legajos...

También yo señalé una reja á lo largo de la ruta galante. Después de atravesar el desfiladero que formaban una iglesia y una residencia señorial, en el desahogo de la calle oprimida por entrambos paralelos colosos. Alcanzaba un triángulo de sombra, dentellada en un lado

por las tejas de la casa proyectada, la por mi elegida, vidriosa de fulgor en el resto de su faz, y clara, al extremo de poder leerse el vitor de un licenciado. Salían distintas forjas, con sus barrotes estriados, dispuestos en haces que formaban como unos tambores, y una remataba en una cruz, desmedidamente prolongada al reflejarse en la pared. Conjunto de garfios terribles, entonces, y á la tarde rojizo búcaro que el martillo y el fuego crearon, cuando los bloques ya purpúreos, en que se clava, todavía conservaban la hiriente blancura de la cantera.

Acatando mi designación, los músicos repitieron de nuevo sus tonadas. Creí entender disimuladas burlas por mi preferencia, pues habitaba tal lugar un matrimonio que ya celebró sus bodas de oro. Ignoraban los infelices la llegada de un huésped mágico, motivo de mi excursión á *Roma la chica*, y de aquella serenata. Naturalmente, se trataba de una mujer. Yo no la conocía, seamos francos. Pero contaban maravillas de su elegancia y de su belleza, inolvidables, vistas un punto. ¿Quién decía las ala-

banzas? Un gerente de hotel y unos viajeros anónimos. Sin embargo, ponían tanto fuego en sus palabras, que me contagié su entusiasmo, no obstante desconfiar de sus juicios. Acaso influyó que la desconocida había intervenido en mi existencia. El guante que yo abandoné en la Cartuja de Burgos lo devolvió á su romanesco propietario la misteriosa fémina. Recogido por el lego, fué confiado á unos turistas que llegaron á la mañana, y á los que el monje rogó entregasen en la fonda el objeto extraviado. En el taquillero del vestibulo encontré la garra cercenada de mis fantasías. «Los señores que me trasladaron el encargo del portero de Miraflores—palabras del de mi hospedaje—, apenas almorzaron, se han ido en automóvil.» No constaba su nombre en los libros de entrada, mas el conserje sabía que el caballero y su dama, ancianitos, eran personas de pro en Salamanca, y en cuanto á la beldad, aunque se expresaba en castellano, debía de ser extranjera. Llamábanla Alicia, y llevaba un traje sastre gris y un gorrito con un velo flotante. Ella

misma salió por el guante, que los viejos olvidaron en su coche... ¿Qué más necesitaba yo para correr en busca de la dama que me enviaba el destino, á no dudarlo? Con que salté á Salamanca, y todavía sin descubrir á la enigmática andariega, heme aquí arrullando su sueño con agasajos de épocas mejores...

La luna diminuta y tornadiza de mi linterna enviaba su fisgona inquietud á la reja de la cruz, mientras resonaban en vano los alentadores ritmos de la rondalla tradicional. El violín pretendía colarse diabólicamente. Sólo conseguimos enfurecer á unos gatos que maullaban por los tejados. Y en esto se desplomó una campanada de la Catedral, que así revelaba su proximidad; una campanada como un reproche. Reanudamos la peregrinación. Yo maquinaba el modo de separarme de la cuadrilla, para realizar un proyecto que me torturaba desde hacía un instante. Aprovechando que mis camaradas se sentían ateridos, y metiéronse á calentarse con aguardiente y chorizo en un cubil por ellos no ignorado, regresé á la reja, demasiado alta

en la fachada, por lo que se refiere á mis propósitos. No vacilé, á pesar de todo. Cumplí mi deseo, Y fué descalzarme el guante de la Car-tuja y, añadiéndole peso con un guijarro, lan-zarlo á la jaula férrea, con intención de que al día siguiente lo descubriese *ella* y se intrigara, y lo que sucediera luego. Me perdió el exceso de ímpetu. La bolsa de piel, con su carga, como por ironía, cayó arriba del tinglado con la cru-ccecita, de manera que no se advertiría el home-naje y aviso desde la habitación. El fracaso condújome á considerar mi gallardía como una chiquillada impropia de mis años, los de Cristo, y espoleado por el convencimiento de hallarme en ridículo, aligeré el paso tras la rondalla...

La rondalla, que, reanimada por el alcohol, enfilaba la cuesta del río, donde la madre Ce-lestina estableció su palomar. En la iniciación del alba, la brisa nueva traía el olor de las tenerías. Cantó un gallo. Imitó el violín su co-coricó. Una voz de hembra reclamó al artista, asomándose á su balconcillo quien había grita-do, una aldeana, sin más que su camisa de tela



Y fué descalzarme el guante de la Cartuja y, añadiéndole peso
con un guijarro...

gorda. La comparsa comenzó á requebrarla por mofa y en un estilo arrieril. Cuando terminaron los aullidos, la pobre bestia solicitó que le diesen serenata. Y miraba la luna, emocionándose de antemano, estremeciéndose con calofríos de mula picada por la mosca...



III

Aquella vez mi entrada en el palacio árabe tuvo apariencias de cita misteriosa con la sultana. Caía la tarde, iba ensombreciéndose y des-poblándose la Alhambra, acababa la jornada de turismo. Ya cerró sus puertas el alcázar. Sin embargo, yo, retardándome en la Plaza de los Aljibes, como para despistar á una familia rezagada, y desoyendo á un celador que me indicó al paso la clausura del edificio moro, enfilé el camino de éste, y á poco llamaba en un postigo de una manera queda, como quien se sabe esperado. En efecto: se entreabrió la tabla misteriosa, mostrando su testa de bola y su panza un portero, que lo mismo podía haberse desposeído de su levita galoneada que de los bombachos y el turbante de jefe de la guardia del harén. Entonces llevaba esa americana lustrosa de los ujieres en las horas libres. Me reconoció,

y dijo, en voz baja y con una sonrisa de complicidad:

—Creí que ya no venía... Pase, pase..:

Se hallaba completamente ennegrecido el vestíbulo, con un rectángulo de claridad al fondo. Ahora llegaría la esclava que me condujese al baño de las odaliscas. Pero se limitó el celador á señalarme con un brazo la luz del muro, retirándose en seguida á su covachuela. Digámoslo de una vez. Yo solicité y conseguí el permisc de visitar el palacio de Boabdil fuera del tiempo dedicado á los viajeros. Mientras se redondeaba la luna, preferí usar de la licencia al crepúsculo. La fantasía esa de dirigirme á una entrevista de amor no se desvanecía dentro de la morada mágica; antes al contrario. Porque la arquitectura de los muros de tierra y rosados como carne; de los estanques que son espejos en que se mira; de los jardinillos interiores, arquetas y relicarios; de los surtidores que al reflejar los azulejos variopintos se convierten de agua en topacios, esmeraldas y amatistas; es hembra, y voluptuosa, y al atardecer, en la so-

ledad y en el silencio, serenados como cisterna, descubre su belleza desnuda, entonces casta, y su alma, febril y ya con el hechizo del nocturno que va desprendiéndose del bosque en la colina roja.

En el patio de la Alberca, como siempre, destu-ve mi marcha, incapaz de turbar el encanto suyo. El cielo era de un azul inmaterial, exanguë, como desvanecido, que no techaba; y su tono y su brevedad hacían pensar en el perfume de los jazmines un poco mustios. Las paredes y el mármol de las losas, conforme adelantaba la noche, en lugar de enfoscarse, se diluían en vaguedades opalinas. Allá, las columnitas y los arcos, juego de la materia y del ritmo, ahora sonrisa en la mole de la torre de Comares, que recostaba en lo alto sus almenas. Y en el hueco de ese gran turbante que cubre la Sala de Embajadores, desde mi observatorio de la entrada veíanse fabulosos nácares, según los últimos rayos del sol barrían una superficie alicatada; chispeaban brillanteces y policromías de piedras preciosas; las estalactitas festoneaban,

y un halcón ya esquematizado al destacar en la postrera lumbre, enmarcaba con su ajimez un trozo de la apartada montaña; el aire en medio, neblinoso de oro, y las viviendas y los nogales en el terruño cárdeno. Se adivinaba, mejor que escucharse, el eco de suavizados ládridos, palabras, rumor de hojarasca estremecida y hasta guitarras, lo que pudiéramos llamar pompa de jabón del sonido, que nunca deja de ascender del Albaicín y del Sacro Monte. Pero no llegaba nada al éxtasis del patio, con sus arrayanes que envuelven la balsa, verde como los arbustos que reproducía esmaltándolos. En los dos extremos, sendas tazas como bandejas en el suelo, y de allí el fluir mudo y trezado de un cristal vivo. Yo me sentía en el corazón de la Alhambra...

Inesperadamente surgieron dos golondrinas persiguiéndose, que brotaron del otro lado de un muro, resbalaron por su lisura luego, y al fin alejaronse chirriantes y silueteadas.

Y ya no volvió la irrealidad á enseñorearse de la materia que soñaba, transformándose ella

misma en su propio embeleso. Los pájaros habían rozado con su alboroto una mujer, que yo no viera en mi sonambulismo hasta entonces. Sin duda poseía también permiso para no tener que mezclarse con las caravanas de extranjeros. Estaba en un ángulo, sumergida, aunque sin posarse apenas, en un catrecillo, ligera en su escorzo, inmóvil y aérea, insensibilizada de tanta emoción entrañable. Las golondrinas la distrajeran, mas al punto cayó de nuevo en su beatitud. En la penumbra, y á distancia, alcanzaba yo á distinguir su figura, descarnada y elástica, presta á vibrar sobre sus pies corvos y afilados, largos y estrechos, que, ceñidos por los zapatos de charol y las medias de seda gris, las cuales modelaban un tobillo nervioso y ágil, se exhibían uno encima del otro, colgante el de arriba, al cruzar sus piernas la dama en actitud de abandono. El velo de su gorrito de viajera, aunque recogido, ocultaba lo más del rostro, y los tufos de un rubio moreno, que á plena luz deberían encenderse con refulgencias metálicas, semejaban brumas en torno á los ojos



Las golondrinas la distrajerón, mas al punto cayó de nuevo en
su beatitud

claros y grandes, y hasta de la boca, palpitan-
te, tendido, y con la dentadura luminosa en
aquella obscuridad. Llevaba un traje sastre del
mismo gris rosado de las medias, y un bolsc
de cuero, en que blanqueaba una mano aguda,
como en uno de sus dedos negreaba el escara-
bajo de una sortija. Nadie la acompañaba; y la
soledad completaba el interés de la fémica im-
prevista, con aspecto de parisiense ó vienesa,
y de hallarse en la madurez fragante y recón-
ditamente sabrosa de los treinta años.

Gozoso del descubrimiento, y contrariado por
si estorbaría mi presencia á la desconocida, pro-
curé contener incluso la respiración. Ella mira-
ba la Alberca. Pronto nos aureolaba la paz de
antes. Y sucedió que yo cayese en una fasci-
nación extraña y deliciosa. Hasta las mismas
osas del pavimento, humedeciendo su faz, lle-
naba el agua su depósito; el agua adormecida
y no transparente, con ilusorias gasas y nebli-
nas errabundas bajo el vidrio de la superficie.
En el color auriverdoso del estanque, con pre-
sentidas claridades del remoto azul, se pinta

ban los arrayanes, y las columnas livianas y morenas como brazos de doncella africana, y la herradura con sus arabescos, y la prolongación de los esplendores de la Sala, y la torre en un espacio, resquebrajada engañosamente con el movimiento del espejo. Entrambos inacabables y disimulados chorrúelos no cesaban de pulir y embellecer las imágenes extendidas en la linfa, al tiempo que las obligaban á un temblor resbaladizo. Seductora magia, pero vencida allí mismo por los matices, indolencias, fugas; las nubes diminutas, la pedrería que se revelaba de improviso; el ensimismamiento, y el idilio de unos pliegues que nacían y morían enlazados; un repentino caminal y una burbuja irisada; y sobre todo, el ininterrumpido desplegar de inconsútiles sedas en que reposar las almas, como los cuerpos en tapices persas. Los surtidores, alterando imperceptiblemente su barboteo, y el crepúsculo conforme se apagaba, componían nuevas quimeras en la Alberca. Y ninguna que no tuviese en su magnificencia una intimidad confidencial. Encontrándome, como

dije, en el corazón de la Alhambra, sorprendía ahora las evoluciones de su espíritu, tan femenino. Y en mi capricho, llegué á creer que desentrañando el secreto de las distintas apariencias del agua, recibiría como en confesión los de la mujer desconocida que había conmigo en el patio. ¿Influjo telepático, sortilegio de las hadas del lugar? Cuando involuntariamente, y siguiendo mi discurso, lancé una ojeada á la incógnita, ésta se encogió como atemorizada, y clavaba sus pupilas en unas fingidas flecosidades, recién despeinadas á impulso de la tenue corriente y del guiño de la primera estrella. Experimenté en aquel instante la sensación de merodear en el ánimo de la dama, sensación casi tangible... Asistí á la condescendencia con que se entregaba á unas sensualidades morbosas en su exquisitez... Cedía embriagada á una tentación sutilísima y veneñosa...

Después, al cabo de una hora, nos reconocimos en el comedor del hotel. Mi amiga enemiga, á quien dejé en el palacio árabe, había cambiado de traje, enfundándose en uno de terciopelo

negro que, como un *maillot*, recortaba su esbeltez de bailarín ruso y de escultura gótica de la Virgen. Sus brazos iban desnudos hasta cerca del hombro. En su cara, blanca y rosa, con la corona de los cabellos flamígeros; la vehemencia de sus ojos de mar y la boca desgarrada y fresca como un fruto estival. Avanzaba sujetándose el collar de perlas, de unas perlas perfectas en su brevedad de granos de arroz. Parecía redimida de algo, como desclectizada tras el embrujamiento de la tarde. Amazona, hembra fuerte que irradiaba orgullo, imperativa. Al verme, no supo reprimir un gesto desconcertante, y luego se puso muy colorada. Porque yo, desde las confidencias de la Alberca, no ignoraba que en su fortaleza ocultábase el desmayo, y en su austeridad la delectación, como esas grutas feéricas que existen bajo las costras de algunas montañas...

Pregunté al *maitre*, que fingía tomar recado, inclinándose, y *carnet* y lápiz en sus manos:

—Señora Watson... Alicia Watson...

—¿Alicia Watson? ¿Viene de Salamanca?



...había cambiado de traje, enfundándose en uno de terciopelo negro que, como un «maillot», recortaba su esbeltez de bailarín ruso...

—No sé, señor... Si el señor lo desea, me enteraré...

Al poco rato volvía para decirme:

—Vine de Madrid... Pero ha enviado un telegrama y dos cartas á Salamanca...

No cabía duda. Era *ella*. La del guante. Y heme aquí ante la sorpresa, decidido á resolver mi extraña situación con esta mujer, y al mismo tiempo se apoderaba de mí una timidez invencible y ridícula.



EPISTOLARIO

I

«Lejos de usted, querido amigo, siento que nos acercamos, y desde luego desaparece aquella confusión mía, y que aún no me explico, como no sea que recordando lo del patio de la Alberca, en el palacio árabe, yo me daba cuenta de haber sido sorprendida por un extraño cuando me hallaba tan abandonada á mi indolencia, que era como si estuviese desnuda. Por única vez le hablaré con sosiego y con sinceridad.

No sé si le echo de menos, pero algo me falta, y sufro la extraña nostalgia de unas caricias no gozadas antes. Al llegar á esta ciudad, muy temprano, no acertaba á comprender una cosa que no tiene nada de particular. De pie en el pasillo del *sleeping*, pegada á los vidrios, no me decidía á bajar al andén, con la ilusión absurda

de que alguien—no podía ser otro que usted—acudiese á recibirme en sus brazos. Ya está dicho. Las reservas, matizadas de ironía y de timidez, que impidieron hasta ahora una confianza absoluta entre nosotros, ya no existían, y con la mayor naturalidad le habría abrazado, como hacían á mi alrededor, algunas mujeres con quien las esperaba. Sin embargo, no se me envanezca. Acaso sucedería lo mismo con un desconocido que, adivinando mi ansiedad, se presentase á recogerme sin titubeos...

Crisis aguda de sensibilidad. Y que se trocaba en un mal humor feo y en rabietina, conforme se sucedían los inevitables incidentes de la llegada. El mozo que descuida las maletas, el ómnibus que no arranca, por culpa del equipaje de un señor antipático; la acritud de las calles, todavía con su matutino abandono; los tumbos, y sobre todo la entrada en el hotel y la elección de cuarto, subiendo y bajando en un ascensor estrecho, con la respiración de otro viajero en mi nuca, y recorriendo pasillos en que los zapatos á la puerta de los dormitorios,

una bandeja con restos del desayuno, y las escobas, formaban un trofeo, en verdad, no digno del país donde florece el limonero, como en la cantata de *Mignon*.

Se imponía un remedio heroico. Sin bañarme sin cambiar de ropa—llevaba el traje gris de su preferencia—, acurrucada en un coche, pues estaba nublado y hacía frío, á pesar del almanaque, me lancé en busca de un poco de belleza y de afectuosidad. Las ciudades se entregan al que sabe forzarlas, como nosotras las pobrecitas mujeres; detalle que ignoran muchos ambiciosos y muchos don Juanes, y conste que no hay alusión. Después que casi atropellamos á unas beatas madrugadoras en las callejas morunas, he aquí el mercado de las flores, un tinglado de cinc con dos largas mesas, en una plaza principal. Las huertanas, en su mayoría viejas y gordas, con cara de barro cocido, y otras jóvenes, pálidas y con fulgurante mirada negra, se animaron al verme, hablándome á gritos y en un castellano pintoresco, al que se mezclaban las risas y las frases en dialecto con

que se perseguía á una ancianita vestida como un clérigo que iba regateando un tiesto de esa planta que llaman *plumas de Santa Teresa*, de la cual se llenan los balcones humildes. En unos embudos de metal, y amontonadas en el mostrador, desbordaban las rosas y las violetas, y de los cestos de caña dorada caían las hierbas de olor, sin que faltase en alguno un manojito de legumbres, reservadas, sin duda, para un cliente familiar. En los pétalos sedeños ó aporcelanados brillaban gotas de agua. Gozosamente mojada en los brazos, resbalando el rocío por mis guantes, que se manchaban, elegí un montón de flores, grande como las bolas de piedra en los puentes. No quise que las ordenasen en ramo, con su papel calado, ni siquiera al estilo clásico de aquí, es decir, en unos enormes conos de franjas apretujadas de diversa tonalidad, y en que incluyen naranjas. Pagué sin discusión, me bendijeron, me piropearon, calificándome de *boniqueta*. Ya había oído palabras acogedoras. El mismo cochero se ufano con mi éxito, y como si adivinase mi estado de alma,



*Gozosamente mojada en los brazos, resbalando el rocío por mis
guantes, que se manchaban, elegí un montón de flores...*

tomándome acaso por una artista célebre, de ópera lo menos, se dispuso á rendirme el tributo de su buena voluntad, con que guió su *milord* de llantas de goma, que no más se anunciaba con el cascabel gigantesco del caballo por lugares característicos, ya alegres, ya melancólicos. Una rúa de caserones hidalgos, con esos pórticos sombríos y al fondo el jardín, con sus enredaderas y sus plátanos tropicales, callejas rumorosas de telares, una plazoletilla con acacias, el estruendo y el colorinismo de un zoco africano, una iglesia de que fluía el aroma del incienso y de cuya torre italianesca, carnosa en su piedra ambarina, cayeron unas campanadas de son aldeano, espantando las palomas de un terrado, en su jaulón de listones ennegrecidos. Y precisamente entonces salió de las nubes cárdenas un rayo de sol... Sí, amigo mío, al regresar á mi cuarto ya no me juzgaba extranjera en Valencia, sintiéndome un poquitín borracha de voces populares, de muchedumbre desgranada, de perfumes... Segunda ocasión que se perdió usted de cazarme; y digo cazarme;

porque ahora hubiese acudido como una alondra... Tuve que resignarme á solicitar con mil puerilidades varios cacharros de la camarera, en que depositar mi tesoro floreal, y mientras ella los traía, solté el chorro del baño, relamiéndome con la idea de uno muy caliente, de esos en que nos diluimos como desangrándonos con voluptuosidad.

El cuarto número treinta ha cambiado de aspecto, con sus rosas blancas, grana, de te y sonrosadas, y con sus violetas y hierbajos, en multitud de búcaros típicos de la cerámica regional. En mi mesa tocador, donde le escribo, extendí un paño de aquellos rusos que usted conoce y distribuí los estuches de brocado de oro con arabescos negros—basta levantar su tapa y en seguida se descubren algunos kodaks de los que sacamos en Andalucía—y el juego de plata y cristal tallado. ¿Recuerda, recuerda? Ya, cuántas memorias entre los dos. Y secretos. Pero ninguna complicidad... También en mi improvisado bufete hay rosas, unos capullos diminutos entre las hojas anchas. Al roce con mi plu-



PENABOL
XXIII

...en mi improvisado bufete hay rosas, unos capullos diminutos entre las hojas anchas.

ma se deshacen sobre el papel—le incluyo el pétalo desprendido en este instante—, y su perfume llega á mí como el de una cabellera que se besa...

Basta. No me reconocerá usted, tan expansiva, tan romancesca. Es decir, sí, que usted fué el intruso del patio de la Alberca. No he calculado el tiempo de mi permanencia aquí, y tampoco le prometo que vuelva á escribirle. Por más que ahora caigo en que no le dije uno de los más interesantes hallazgos, y se ve desde mi ventana, aunque no en este momento, pues se ha serenado el día y yo cerré las persianas, que continúa el sol no gustándome en las habitaciones, cuando yo me refugio en ellas. Trataré de abrir las persianas á la noche, para hablar con usted un ratito... Y adiós. Sí, adiós. Nada más, Adiós.»



II

«Siempre perspicaces los hombres. Sí, usted como todos, y no se me enfade, según suele, porque no le separo de los demás. Acabo de leer su carta. Un conjunto de tonterías, embozadas acusaciones y mal reprimidas brutalidades—queda dicho—. Todo á causa de mi silencio. No le lleva nada mío el correo, y ya piensa que me lancé á mil aventuras inconfesables. No le basta mi conducta con usted. En su orgullo, se rebaja como no lo haría el peor de sus enemigos. Si sus estrategias no consiguieron vencerme, terrible seductor, ¿cómo sospecha que alguien haya alcanzado lo que para usted resultaba imposible? Estos hidalgos que se presentan rendidos de espiritualidad, ocultan un egoísmo siniestro. Como el alacrán, al sentirse molestos, clavan su uña venenosa. Celebro no haber sido suya. Tras el prólogo engañoso como

una trampa, llegaría la eterna historia española de los despotismos y, por fin, un abandono humillante. Su único rasgo sincero, la cólera de hoy, le pinta como un ser peligroso. Tiemblo al imaginarme sus palabras, caso de que le asistiese el menor derecho á reclamar sobre mis actos.

Y no he de decirle cómo he sonreído compasivamente al considerar sus desaciertos, tan cómicos después de aquellas seguridades de adivinar á distancia lo que pasase en mí y á mi alrededor, gracias á quedarse usted viviendo en mi atmósfera. Así hablaba el muy petulante la tarde de nuestra despedida. Estoy por creer que no supo usted descifrar mi secreto en la Alberca alhambrina. Me engañó su mirada cínica y bárbara en el comedor del hotel. ¡Mire que suponerme apartada de su recuerdo, cuando me dedico á cultivarlo!... Va usted á ponerse colorado, y de seguro suelta alguna palabrota, al recibir juntas mis cartas, sí, juntas, pues no las echaré hasta salir de aquí, camino ya del misterio, sin dejar huellas ni rastro. Mi ven-

ganza consistirá en que no sepa usted dónde enviar el alegato con que se arrepentirá de sus insidias, el canto de pasión que han de inspirarle mis confidencias.

Me marchó de España sin que se realizase la ilusión, el pecado que acariciaba en mi pensamiento. Peligro lo hubo, y por su causa, aunque no se engría demasiado. Jamás le declaré mi vida, ni ahora voy á abrumarle con el relato de mis desdichas. Créame si le digo que no he amado nunca y que soñaba en una pasión hasta más allá de la muerte. Querer á un hombre como á un hijo, y sentirme yo hija suya; y al mismo tiempo una cantidad enorme de deseo; y exigencias, y sacrificios; idealidades..., todo. Tengo treinta años y estoy casada en América, donde me llevaron de niña mis padres. Mi marido es un hombre de negocios, muy rico, que no se ocupa de mí para nada. Lo odiaba y tenía decidida la separación. Usted ha hecho que vaya en su busca, según convinimos al desembarcar y concederme vacaciones. Soy su compañera, y lo soportaré con la alegría de encon-

trarme sin culpa. Regresaremos á las haciendas, á enterrarme sin morir. Otro cauce se llenará con mi impetuosidad inútil. Prohijaré un rapaz de los indios, me convertiré en una beata espiritada ó procuraré idiotizarme en un cotidianismo de bestia del rancho. No existen en el mundo las grandezas por que yo suspiaba. A lo más, convenios y tretas por una temporada, pequeños deleites, escaramuzas ligeras; en definitiva, ruindades que dejan remordimientos mediocres. Y yo venía dispuesta á arrojarme á las llamas, aunque fuesen las del infierno, fuego al cabo y por tanto purificador.

De lejos, parecíame España el escenario ideal para mis quimeras. Sólo en España se conserva el culto del amor, como en Oriente el de Dios. Allá en América preocupan las riquezas, bajo el maleficio yanqui. Mi marido es yanqui, y se ríe de que los españoles empleen sus energías en descifrar el enigma femenino y que lloren y enfermen de celos. Mi marido, á más de una autoridad en la Bolsa, es un majadero, como usted ve. ¿Vale nada lo que un cariño doloroso

por feliz? Supongo yo, que hablo de oídas... Vine á mi patria, y sucedió lo que usted sabe. Y lo que no sabe. Por ejemplo, el guante que usted arrojó en la reja salmantina y quedó como una pelota de los chicos, lo recogí yo, de noche, misteriosamente, reconociéndolo por el de la Cartuja de Burgos. Se lo devuelvo. Los dos episodios parecíanme augurios propicios, aun cuando el rondador, juzgándose fracasado y en ridículo por su mala puntería, no tornó á las andadas. Y unas semanas después, la coincidencia en la Alhambra. Era para intrigar. No se ría, pero consulte el horóscopo en las rayas del guante, como en las manos. Y usted, infeliz, ignorando hasta este momento que yo guardaba esa manopla rojiza como de exprimir corazones. Sigamos. Me gustó la prontitud con que el galán se desvió de sus asuntos y dedicóse á escoltarme en mi turismo, intencionado ya, escalas de una travesía de exploración. Usted, en español perfecto, se hizo enamorado profesional, que es uno de los sacerdocios nacionales. Sin embargo, no nos resolvíamos á fallar de una

vez. Entónces yo pretexté la necesidad del viaje á Valencia, rogándole que aguardara mi regreso. Quería analizar mis sentimientos, examinarle sin la coacción de su proximidad, depurar mi espíritu... Quizá sin su carta de hoy rodamos al abismo. Me he salvado, porque mucho más horrible que la orfandad de amor en que vivo ha de ser una viudez en que las tocas se mancharon de barro...

¡Y si usted comprendiese cómo le llamaba esta tarde, hace unas pocas horas! Porque le quiero, no he de negarlo. Huyo, antes de perder el dominio de mí misma. Pero le quiero. Y sola en un cochecillo, al anochecer, llegué á nombrarle, le dejaba un hueco en el asiento, sentiale pegado á mí, turbándome su respiración. Fué en la Alameda, un paseo de orillas del río, entre dos puentes de piedra. No acertaría á describírselo, y, sin embargo, lo reconocería por el menor de sus detalles. Nadie en la pista, que preside una taza con unas estatuas mitológicas. Nadie en los andenes. En todo el tiempo que permaneció parado mi fiacre, úni-

camente pasaron unos domadores de caballos, adiestrando un tronco, y unos soldados camino de su cuartel. En la soledad, se dilataba el alma de las rosas. Unas torrecillas con puntiaguda montera de tejas azules, y el tronco retorcido de una trepadora añeja. Bancos con respaldo en greca de hierro. Unas fuentes al ras del suelo. Magnolias, plátanos, pinos, acacias, en torno á los arriates, como la canastilla y el reloj de sol. Acaso, haces de juncos orientales, un tinglado de parral, destinado á las glicinas, un seto de evónimos. Y detrás, hotelitos. No sé, no recuerdo. Mezcla de provincia y de versallismo, como un hogar en un jardín. En cambio, me sugestionaba la rampa arenosa de enfrente, con unos solitarios macizos de cactus, y unos inmensos eucaliptus, torcidos en su elevación, desollados, y con su cabellera abatida. Estos árboles, inexpresivos en mi residencia transatlántica, semejaban plañideras que ya enmudecieron, conservando el ritmo de la actitud dolorosa, bajo el cielo resbaladizo en tonalidades cristalinas; el azul, el verde, el oro y el malva,

que agonizaban. La baranda del río, con sus bolas. Y al fondo, la silueta chinesca, como en humo, de la ciudad, con sus azoteas, las cúpulas y los innumerables campanarios. La serenidad de una penumbra violeta bañaba el ambiente, y á una estrella prematura respondía una rana en su charco fluvial... Como le digo, mandé parar el coche, y allí me estaba encogida al amparo de la capota, dejándome infiltrar por las nostalgias inefables de estos crepúsculos tan intensos de España... Me envolvía en unas pieles, y mi cara debía de brillar en su palidez... Y los ojos de seguro fosforescían... Le llamé, bajito, con ternura... Para una mujer de treinta años, aunque sin historia, es decir, con la lamentable historia de no tenerla, la anunciación ya no puede venir de un arcángel con alas de pintura prerrafaelista, y en un camarín de jaspes que se alza en una pradera con arroyuelos; en un rincón de un carruaje de alquiler la desdichada, con fuego en las entrañas y hielo en las manos, espera todas las revelaciones de un hombre que penetre en el anhelo, profundo y deli-

rante, de esta edad en la que carne y alma se evaporan como un aroma...

Y aquí termina mi confesión y comienza la enmienda. Adiós. Hasta nunca.»



III

«Buenas noches, amigo mío, á quien di una cita, fuerza es reconocerlo. Estoy sola. Ya no se oyen pasos en los corredores y ha dejado de bordonear el ascensor. Todavía, para tranquilizarme, fumo un cigarrillo. Por fin abro las persianas. La luna invade el cuarto, tiende su escala desde el disco helado entre las chimeneas de una casa próxima. Vamos, atrevase á subir por esa escala, y que le guíe el perfume de las rosas...

 Mi ventana da al siglo XVIII. En la plaza de caserones modernizados, uno avanza como un biombo que defendiese su secreto galante. Imagínese una fachada con estucos que imitan porcelanas ó mármoles, y con balcones pequeños de balaustres que recuerdan las blancas pantorrillas de los marqueses de casacón y peluca. Una hornacina azul con la imagen de María

Inmaculada, y alrededor, grecas, conchas, frutos y figuras alegóricas, todo en relieve y con abundancia desbordante. Debajo, el portalón, con su verja de hierro y sus maderas, en que resplandecen las aldabas de bronce amarillo, á usanza señorial del país. Y hay dos gigantones de alabastro empotrados en la pared, desnudos y en escorzo, que guardan la entrada y sostienen los atributos de arriba. La piedra se hizo ámbar con el tiempo, menos en los cráneos, los hombros y las rodillas de entrambos simétricos colosos, en donde suele azotar la lluvia. Parece el palacio un mueble con molduras rococo; el biombo, ó una caja de música de Gluck, ó una litera abandonada por el caballero Des Grieux.

¡Dios mío, si el caballero Des Grieux se apareciese de repente! Me sorprendería en bata y con chinelas, ya sin las medias, recogidos los cabellos... y con el camisón de dormir encima de la cama... Y á propósito. Voy á revelarle una cosa que no sabe. ¿Se acuerda una vez que le telefoneé y que usted se enfadó porque me encontraba adusta, casi agresiva? ¡Oh, clarivi-



...cediendo á la tentación del aparato que se ofrecía en la mesita de noche...

dencia de los hombres! Tuve el capricho de hablarle al acostarme, entre las sábanas, cediendo á la tentación del aparato que se ofrecía en la mesilla de noche, saboreando aquella intimidad que usted no podía suponer, mientras sus palabras rabiosas azotaban mi pecho desnudo!... Estoy loca; no crea nada de lo que acabo de decirle. Confesarlo sería peor que haberlo reali-



Con que he cogido una rosa...

zado. Estoy loca. Es que se respira aquí la misma embriaguez de aquellas tierras italianas en que carecemos de responsabilidad las mujeres.

Silencio. Suenan las campanadas de un reloj de torre. ¡Precioso!... Que da calofríos, muy en carácter. Contestan cerca y lejos otras esquilas. Oigo la Catedral con su zumbido... Únicamente mi palacio encantado no suena, él, que sería un magnífico péndulo en una cornucopia... Con que he cogido una rosa, y asomándome á la ventana, arranqué y dejé caer hasta doce pétalos, y así marcó su hora el palacete; su hora y la mía, señor. Buenas noches.»

DESPUES

Tarragona, toda oro, queda atrás. Tal vez llega el rumor de unas campanas, en seguida adormecido en el sol. El cochecito de caballos avanza por un camino polvoriento, ajedrezado por la sombra de las frondosidades de las orillas. La playa dilata en lo hondo sus espumas

y sus vidrios, lamiendo un arenal de plata Pinos con su ofrenda, y palmeras, las arañas del azul. De trecho en trecho, una quinta ensangrentada de geranios, con rosas y con pavos reales, evocación de las que allí mismo hubieron los patricios horacianos. Y de repente, el vuelo inesperado de un ave como un augurio.

Por fin, el vehículo se detiene á la entrada de un bosque claro y risueño, oloroso de hierbas ardientes, resbaladizo de pinocha, estremecido de lagartijas. Echo pie al suelo, y voy enhebrando la marcha en los troncos agrietados y rojizos. En el silencio luminoso canta la soledad. Allá se yergue el misterio sin enigma....

He ahí el abismo de la cantera desposeída de su propia mole. Da vértigo asomarse al borde de la inmensa oquedad pétrea. Una montaña vacía, grande como el dique donde los barcos se empequeñecen. La selva grata á las abejas y al caramillo pastoril desmelenada su ramaje al margen del foso gigantesco; pero ni una raíz surge retorciéndose en los muros. Porque lo

impiden las losas, como una armadura. Adquirió la piedra una impenetrabilidad eterna, manchada del óxido de las lluvias, encendido en el escarlata solar. Centenares de años hace que se hirió así el bloque inmenso, y la llaga no cicatrizará nunca. Los romanos extrajeron de tal lugar las murallas de su Tarraco voluptuosa y señorial, las que todavía se alzan encima del formidable ribazo ciclópeo, cada vez más sepultado en el terruño, como en la leyenda. El cuerpucillo humano resulta de una insignificancia de insecto en un libraco de esos que obligan á cruzar á los atriles. La consideración del pasado y la imponente realidad aniquilan todas las vanidades.

Y en el centro de la caldera enorme hay algo que confunde en su sencillez. Una aguja, un obelisco, el cual nace del natural pavimento roqueño y alcanza la eminencia en que me encuentro. Grueso, macizo y cuadrado surtidor de una pieza. Nadie ascendió por la cucaña que amedrenta, luego que rústicos celtíberos lo hallaron como un trozo más en el anónimo del

monte. Pero jamás alguien lo mancilló: ni los bárbaros medievales, ni las tribus andariegas de siempre, ni la francesada. El mismo rayo lo ha respetado. Es el hito legado por los canteros de la loba imperial. Su misión consiste en revelarnos la importancia del vaciado. Se sacó piedra desde el final de la extraña columna hasta su base. Asombra su mudo testimonio. Sin embargo, impresiona más espíritu, que sin duda lo posee, un espíritu primitivo sacerdotal, ara y oficiante á un tiempo. Contribuyen al carácter sagrado del archisecular vestigio unos cipreses y unos pinos que crecen paralelamente al rudo pilar, circundándole de místicos éxtasis y de armonías de arpas votivas.

Los tarraconenses llaman el *medol* á la aguja prodigiosa. *Medol*, es decir, medula, tuétano de la cantera.

Aquella tarde espejeaba en su remate un sorbo de agua del último primaveral chaparrón...

Entre viñedos y olivos y lápidas rotas con inscripciones latinas; bajo el cielo que fluye

azul y la esmeralda del mar; repitiéndose el hallazgo de gentes y animales de una domesticidad milenaria, ya que se trata del hombre con figura de legionario del César, mujeres que se envuelven en telas al modo oriental, perros vulgares, palomas y rebaños de cabras; ya de vuelta á la ciudad, en la lumbre naranja de la tarde, iba yo soñando en que de pronto apareciese la viajera fantasmal de todos mis itinerarios. La descubriría reclinada en la gleba roja, semidesnuda en sus sedas, como una diosa de mármol desenterrada en las fervorosas excavaciones. Pero al cabo ya ella era un imposible, en medio de tantas facilidades. Causa de una sed que no podía apagar. Como el agua en lo alto del *medol*.

EPILOGO

Ya de madrugada, iba yo por las Ramblas barcelonesas como un sonámbulo.

Desierto el andén central, bajo el túnel de los árboles, y ensombrecidas las casas que ho-

ras antes brillaban con sus luminarias de reclamo.

Sólo allá el farol de un *restaurant de nuit*. Esa misma rezagada claridad contribuía á que fuese más precisa la sensación de abandono de la vía célebre, y en la que unos *taxis*, informes en la sombra, semejaban monstruos dormidos.

Hacía calor y el cielo estaba enrojecido y turbio por el vaho de la jornada.

Yo quería fatigarme, aniquilarme. Me torturaba la escena de aquella mañana. Fuí al puerto y subí á un transatlántico para despedir á unos amigos. Visité un camarote. Y al salir, á la puerta de otro, en el pasillo esmaltado de blanco, denunciándose al encender por juego la bombilla del techo, descubrí á Alicia. Ella me vió y sus ojos se dilataron, como los míos. Quizá en mi cara se pintó de repente toda la ansiedad con que yo la había buscado por tantos lugares. Acaso la fugitiva se arrepentía de su decisión de volver á su vida de siempre. Pero cuando yo extendía los brazos para cogerla como á una presa codiciada, surgió de la cabina



PEVAGOI
XXII

Ella me vió y sus ojos se dilataron, como los míos.

un tipo inconfundible de yanqui, rubio, con gafas, un sombrero blando, un traje largo y mustio. El señor Watson, sin duda. Marido y mujer desaparecieron indiferentemente...

Y por la tarde, desde los muelles, vi alejarse el buque, en el aire dorado, bajo el penacho retorcido del humo.

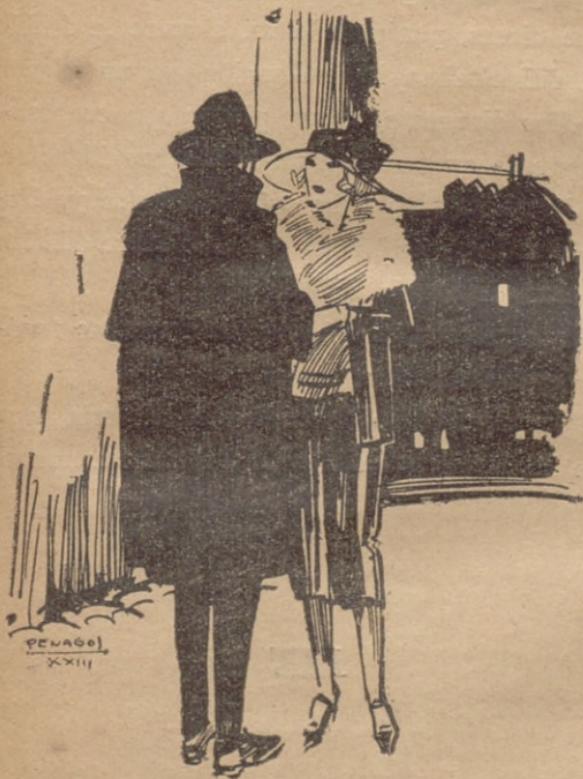
Ni siquiera pude distinguir la silueta de Alicia entre los pasajeros que contemplaban la ciudad.

Ramblas arriba caminaba yo con mi rumia dolorosa.

En esto cruzó ante mí una pobre noctámbula, con su sombrerillo, su *manteau* y sus zapatos de tacón alto. Me miró con su mirada viciosa. Dulcemente la agarré, y la desdichada sonreía, creyéndome seducido. Sin hablar, le entregué todo mi dinero y unas joyas. Dudaba la peripatética, pensando si yo estaba borracho ó loco, ó si sería un ladrón.

Su asombro llegó al colmo cuando se convenció de que no pedía nada en cambio.

—Sí, para ti, todo para ti...



Sin hablar, le entregué todo mi dinero y unas joyas,

Se atejó unos pasos, y vacilaba; y de pronto, espoleada por la codicia, echó á correr, temerosa de que yo la desposeyese de lo que ya era suyo

Los dioses, poniendo á mi alcance la felicidad, dificultaban la realización de un placer por ellos dispuesto, de un placer que constantemente se aparecía de un modo providencial. Con la pobre muchacha callejera quise yo hacer de pródiga divinidad, y llovía sobre ella las riquezas, dejándola libre...

¿Conseguí con esto burlar una vez las terribles leyes de lo alto?

Y he aquí cómo terminó esta historia, que tuvo un fin sin haber llegado á comenzar nunca.

FIN

La Novela Semanal

OBRAS PUBLICADAS

1. **Puesta de sol**, por Vicente Blasco Ibáñez.—2. **La venganza del recuerdo**, por "El Caballero Audaz".—3. **Memorias de un vagón de ferrocarril**, por Eduardo Zamacois.
4. **El café de camareras**, por Antonio de Hoyos y Vinent.—5. **La sirvienta**, por José Francés.—6. **La conversión de Florestán**, por Emilio Carrère.—7. **Un viaje en el «metro»**, por Joaquín Belda.—8. **La hiel**, por Alberto Insúa.—9. **Aire de muerto**, por Wenceslao Fernández Flórez.—10. **Ladrón de vida y de amor**, por Felipe Sassone.—11. **Mujeres solas**, por Cristóbal de Castro.—12. **El drama de la señorita Occidente**, por Alfonso Hernández Catá.—13. **La monja de cera**, por Rafael López de Haro.—14. **Cuarto menguante**, por Ramón Pérez de Ayala.—15. **El artículo 438**, por Carmen de Burgos "Colombine".—16. **La niña de México**, por José Ortega Munilla.—17. **El alma de Sixto**, por Eduardo Marquina.—(EXTRAORDINARIA). **El héroe de la legión**, por "El Caballero Audaz".—18. **La doncella de la risa y el llanto**, por Tomás Borrás.—19. **El hombre que todo lo sabía**, por Manuel Linares Rivas.—20. **La diablesa**, por Luis Antón del Olmet.—21. **La viuda de Perrín**, por Juan Pérez Zúñiga.—22. **Roto el encanto**, por Vicente Díez de Tejada.—23. **La chica de la Arganzuela**, por Antonio Casero.—24. **La novia escamoteada**, por Rafael Cansinos Assens.—25. **La espada del Duque de Alba**, por Diego San José.—26. **Una buena acción**, por Eduardo Zamacois.—27. **Luz de ocaso**, por Augusto Martínez Olmedilla.—(EXTRAORDINARIA). **La misma sangre**, por Juan Ferragut.—28. **Cumbres al sol**, por Concha Espina.—29. **Historia cómica de un pez chico**, por Luis Bello.—30. **La paz del camino**, por "El Caballero Audaz".—31. **Miopita**, por Antonio Zozaya.—32. **El desquite del alma**, por Julián Fernández Piñero.—33. **El fado del paço d'Arcos**, por Andrés González-Blanco.—34. **La mala pasión**, por Emilio Carrère.—35. **María, ó la hija de otro jornalero**, por Eduardo Barriobero.—(EXTRAORDINARIA). **Bajo el sol enemigo**, por Antonio de Hoyos y Vinent.—36. **Lo que está de Dios**, por Pedro Mata.—37. **132-228 de Jordán**, por Joaquín Belda.—38. **El Evangelio del amor**, por Enrique Gómez Carrillo.—39. **La novia del estudiante**, por Alberto Valero Martín.—(EXTRAORDINARIA). **Lupo, sargento**, por Carlos Micó España.—40. **El escapulario**, por Alvaro Retana.—41. **La hija de Conwell**, por Cristóbal de Castro.—42. **El**

ombligo del mundo, por Ramón Pérez de Ayala.—43. **La duquesa Ofidia**, por Rafael López de Haro.—44. **La voluntad de los otros**, por José Francés.—45. **La mujer de sal**, por Tomás Borrás.—46. **El Romántico de aldea**, por Guillermo Díaz-Caneja.—47. **El talismán de Napoleón**, por "Andrenio".—48. (EXTRAORDINARIA). **El sacrificio**, por Emilio Carrère.—49. **La mujer y la muñeca**, por Alberto Insúa.—50. **El pobre fenómeno**, por Antonio de Hoyos y Vincent.—51. **La familia Gomar**, por Wenceslao Fernández Flórez.—52. **El sueño es vida**, por Eugenio d'Ors.—53. **La virgen salvaje**, por E. Carrasquilla Mallarino.—54. (EXTRAORDINARIA). **«El 98»**, por Luis Antón del Olmet.—55. **Princesa Rusa**, por Sofía Casanova.—56. **Las mismas palabras**, por Roberto Molina.—57. **A orillas del Manzanares**, por Antonio Casero.—58. **La modelo de Eva Sonenberg**, por Antonio G. de Linares.—59. (EXTRAORDINARIA). **Horas Locas**, por Eduardo Zamacois.—60. **En el pasillo**, por Joaquín Belda.—61. **Rosa María**, por Alberto Valero Martín.—62. **Culpa en la sombra**, por E. Contreras y Camargo.—63. **El gigante**, por A. Hernández Catá.—64. **La suprema ley**, por R. López de Haro.—65. **La manzana podrida**, por V. Díez de Tejada.—66. (EXTRAORDINARIA). **Jandra y el cosaco**, por Cristóbal de Castro.—67. **Las inquietudes de Blanca María**, por Emilio Carrère.—68. **Margot quiere ser honrada**, por Ceferino R. AVECILLA.—69. **La casa cerrada**, por E. Marquina.—70. **Rosarito**, por J. Ortiz de Pinedo.—71. **Veintitrés encarnado impar y pasa**, por Felipe Sassone.—72. (EXTRAORDINARIA). **Los instintos**, por Antonio Zozaya.— (EXTRAORDINARIA). **Los Caballeros de Alcántara. En las tierras de odio y sangre**, por Antonio de Lezama.—73. **El Fiscal**, por Luis Cánovas.—74. **El último trofeo**, por R. Cansinos Assens.—75. **Expiación**, por Augusto Martínez Olmedilla.—76. **Detrás de la Cruz**, por José Francés.—77. **El Hechizo de la Farándula**, por Alejandro Larrubiera.—78. **De Capellán a Guerrillero**, por Diego San José.—79. **La última noche del Capitán Martín Avila**, por Emilio Carrere.—80. **La Argolla**, por Antonio de Hoyos y Vincent.—81. **El marido no quiere...**, por Eduardo Zamacois.—82. **Los hijos no son una propiedad**, por Fernando Mora.—83. **Los comedores de agraz**, por Vicente Díez de Tejada.—84. **¡Cu-Cúl**, por Cristóbal de Castro.—85. **El hermano**, por Manuel F. Lasso de la Vega.—86. **El nido del Amor y de la Muerte**, por Luis Antón del Olmet.—87. **La Mascota Rubia**, por Juan José Lorente.—88. **De lejos**, por Germán Gómez de la Mata.—89. **Las noches del Trópico**, por Emiliano Ramírez Angel.—90. **El Mártir**, por Santiago Vinardell.—91. **El sorbo del heroísmo**, por Gabriel Alomar.—92. **La amante del presidiario**, por Alberto Valero Martín.—93. **Buena boda**, por Diego San José.—94. **El extranjero**, por Carmen de Burgos "Colombine".—95. **Bajo la luz**, por A. Hernández Catá.

